

con el fin de profundizar un poco más y aclarar mejor mis ideas y sus posibles relaciones con la práctica. Sin embargo, cuando regresé al centro, el grupo de alumnos que me adjudicaron formaba un remolino tan potente que me sumergió en su interior. Uní mi suerte a la suya, que pintaba bastante negra para muchos de ellos, y me entregué por completo; y es que en el cuerpo a cuerpo del aula se establecen vínculos de los que una profesionalidad docente bien llevada no puede desentenderse fríamente. Las situaciones en las que me vi envuelto al regresar a la escuela me obligaron a dedicarme enteramente al trabajo dentro de ella. Tenía el respaldo de todo lo que había venido leyendo y de las ideas que había elaborado, pero no se daban las condiciones para llevar a cabo una investigación con el rigor y las formalidades que requiere la Academia.

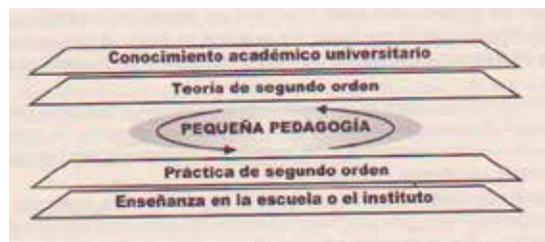
Mi pequeña pedagogía

Pequeña pedagogía fue el nombre que le di a la idea surgida del último esfuerzo que hice para explicar cómo veía y abordaba mi ubicación como docente entre la teoría y la práctica. Quedé muy contento con la idea y lo sigo estando. Me parece una manera de enfocar el asunto muy prudente y adecuada y, al mismo tiempo, muy útil para organizar aproximaciones a un tema tan complejo.

Recordará el lector que haya leído los capítulos anteriores que, desde que había comenzado a intentar establecer relaciones conscientes entre la teoría y la práctica en la enseñanza, venía propugnando algún tipo de formalización escrita de las mismas. En el capítulo tercero me he referido al método que utilizaba para la enseñanza de las ciencias sociales, entre los años 82 y 87 en el Colegio de Villar Pando. Pues bien, en eso seguía tiempo después, aunque menos orientado a una didáctica específica y más abierto al carácter difuso y biográfico de las relaciones teoría-práctica que cabe establecer en la enseñanza. En ello estaba cuando mi amigo Alberto Luis Gómez me llamó un día para proponerme intervenir en un curso de verano de la UIMP (Universidad Internacional Menéndez Pelayo) que dirigían él y el Dr. Juan Manuel Escudero, a quien yo había leído lo suficiente para saber que estaba abierto a lo que se hacía puertas afuera de la pedagogía académica. Volveré sobre aquel curso porque tuvo para mí algo de cuento de hadas (dicho sea sin ninguna chanza), refiriéndome ahora solamente al hecho de que fue aquel el foro donde por primera vez expuse la idea de

la *pequeña pedagogía* ante un público distinto a mis alumnos de la Universidad de Oviedo.

En aquel momento (1985) ya estaba convencido de que solamente tenía sentido hablar de mi profesión haciéndolo desde una perspectiva autobiográfica, si bien, no reducida esta a un mero contar mi vida, sino entendiéndola como un dar cuenta, conceptual y vivencialmente, de





la tarea de poner en orden eso tan complicado e infrecuente que es la profesionalidad docente. Lo hice utilizando cuatro planos y sus espacios intermedios. Está doblemente publicado (22 y 29) y, por tanto, no ha lugar a desarrollarlo aquí de nuevo. Únicamente llamo la atención del lector sobre el hecho de que la *pequeña pedagogía* viene a plantear que el docente no ha de sentirse obligado a intentar establecer relaciones directas entre el conocimiento académico-universitario relativo a la educación y la realidad fáctica de hallarse enseñando en un centro de primaria o de secundaria, sino que lo suyo (y así ha de reivindicarlo) es establecer esas relaciones de manera indirecta, subjetivamente intermedia, o sea, entre dos planos que él mismo ha de constituir a su escala de individuo concreto. Esto quiere decir que un profesor ha de (re)elaborar las teorías del mundo

académico y las prácticas en las instituciones de enseñanza, para, en la permanente tarea de intentar relacionarlas, constituir dos planos más cercanos entre sí (de “segundo orden” los llamé), en los que ubicar sus propias teorías y prácticas como docente.

A riesgo de ser excesivamente inmodesto, mantengo que esto es muy interesante, y, por mi parte, sitúo esta idea como una de las dos más importantes (la otra es el concepto de formación) que he pretendido aportar a la formación del profesorado.

Pero mi *pequeña pedagogía* real (no la idea, el modelo, sino el contenido de la que yo tenía) andaba dispersa en numerosos papeles escritos a propósito de motivos varios, por lo que me pareció necesario recogerla en un documento de síntesis que no tuviese más de cincuenta páginas. En su “Introducción” dejé claras las razones para escribirla:

“(…) Ésta ha sido escrita, en primer lugar, para mí mismo, como ejercicio de racionalización de las relaciones entre mi pensamiento pedagógico y mi práctica docente. En segundo lugar, para mis alumnos de prácticas (...) En tercer lugar, este trabajo está dispuesto para dárselo a los colegas que se interesen por él, y, si fuera posible, utilizarlo como excusa para generar conversaciones interesantes sobre los múltiples asuntos que se dan cita en nuestra profesión. Por último, estas páginas constituyen una especie de escudo protector para defenderme, llegado el caso, de alguna autoridad educativa dispuesta a censurar y, tal vez (Dios no lo quiera) sancionar mi rechazo a las programaciones y demás exigencias técnico burocráticas con las que la Administración educativa falta al respeto a los maestros cualquiera que sea el signo político de los gobernantes. Al menos por el lado moral, tan importante en esta profesión y tan olvidado por

22 “La formación permanente del profesorado y el desarrollo de una ‘pequeña pedagogía’ crítica. Notas autobiográficas de una vida profesional en la frontera”. En ESCUDERO, Juan Manuel y LUIS GÓMEZ, Alberto (editores): *La formación del profesorado y la mejora de la educación. Políticas y prácticas*. Octaedro, Barcelona, 2006, págs. 197-229 (Puede leerse en: <http://www.formarsecomoprofesor.es>).

los tecnócratas de antes y de ahora, quiero dejar claro que soy disidente, pero no vago, y que trato de ser coherente con la idea de que el desarrollo profesional docente debe buscarse por caminos como éste”.

En el índice de la foto puede verse de qué campos me ocupaba al dar cuenta de la pedagogía que guiaba mis pasos al tiempo que estos la modulaban.

Mis “bolis”

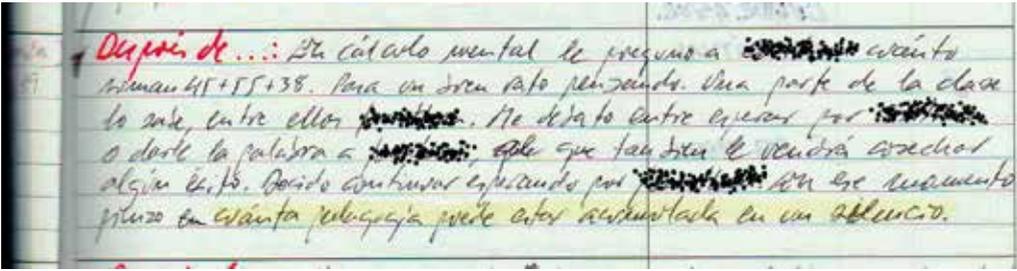
Guardo, al alcance mi mano, aunque ya sin usarlos, unos cuantos bolígrafos y portaminas que conservo porque continúan expresando el aprecio de quienes un día me los regalaron, pero también porque me recuerdan los servicios prestados. Y es que miles de renglones que he escrito a mano nunca vieron más luz que la que el flexo proyecta sobre mi mesa de trabajo. Hojas sueltas, fichas, notas al margen, en fin, parrafadas de mayor o menor enjundia, dan cuenta manuscrita de una actividad que cabe incluir en este apartado relativo a la escritura racionalizadora que tanto y con tanta convicción practiqué durante años. Había que escribir, defendía, para ralentizar y hasta detener el tiempo, de manera que uno pudiera pararse un momento a pensar en lo que había ocurrido. Había que capturar por lo menos algunos de esos instantes que se pierden en la vorágine de la actividad cotidiana, con el fin de construir con ellos esos planos intermedios entre la teoría y la práctica que he defendido como necesarios para materializar una *pequeña pedagogía*. Las notas que tomaba, por escuetas que fuesen, eran como piedrecitas llamadas a formar parte de la argamasa con la que construir eso que denominé “prácticas de segundo orden”, es decir, actividades realizadas con un grado de racionalización y consciencia mayor que el de la mera acción cotidiana.

Pongo un ejemplo. Durante el curso 2007-08, en el cuaderno donde esbozaba la planificación diaria de las clases, añadí por mi cuenta un apartado que titulé “Después de...”. Cuando mis alumnos se iban a casa, yo me quedaba en el aula para, entre otras muchas cosas, anotar algunos hechos que consideraba relevantes a la luz de mis teorías. Veamos solamente una de aquellas notas, es del miércoles 26 de septiembre de 2007:

“En cálculo mental le pregunto a Rxxxx cuánto suman $45+55+38$. Pasa un buen rato pensando. Una parte de la clase lo sabe, entre ellos Mxxxxx. Me debato entre esperar por Rxxxx o darle la palabra a Mxxxxx, al que tan bien le vendría cosechar algún éxito. Decido continuar esperando por Rxxxx. En ese momento pienso cuánta pedagogía puede estar acumulada en un silencio”.

(Los nombres de los alumnos han sido borrados por razones obvias)





Sirva el ejemplo para recrear una situación de esas que retratan en toda su complejidad (o casi) las prosaicas relaciones entre teoría y práctica en la enseñanza. Yo tenía una teoría construida con conocimientos sobre la educación, con ideología y con el compromiso ético de no dejar atrás a los alumnos con mayores dificultades, procurando evitar en lo posible que la escuela les pasara por encima dejándolos maltrechos. En la situación real que se produjo aquel



día y que recoge la nota, me debatía entre darle a un alumno todo el tiempo que precisara para hacer sus cálculos o permitir que otro, muy necesitado de cosechar algún éxito que fortaleciera su autoestima, se apuntara el tanto de responder por una vez con acierto. Recuerdo que la clase había ido poco a poco aprendiendo a permanecer en silencio cuando lanzaba una pregunta, levantando el brazo y, a duras penas, reprimiendo el “¡yo, yo, yo!” con el que acostumbraban a pugnar los alumnos porque se les diera la palabra para soltar su respuesta. El cúmulo de contradicciones que se daban cita en aquel momento y el contexto de incertidumbres en el que ha de tomar sus decisiones un maestro, quedan perfectamente bien expresados en esa reflexión constatada a mano en “Después de...”, y que reza: “cuánta pedagogía puede estar acumulada en un silencio”.

Pero escribir no consistía solamente en tomar notas a vuelapluma, sino que había que sistematizar con mayor detenimiento lo que uno iba pensando, con el fin de cultivar con cierto esmero la interacción entre la teoría y la práctica. Para eso era necesario un tiempo más extenso. Los fines de semana y los veranos continuaron siendo, como antaño, los que más horas aportaron al trabajo de pensar todo aquello y organizarlo en una *pequeña pedagogía*.

De nuevo en el colegio

De nuevo en el Colegio de Villar Pando (Germán Fernández Ramos, le pusieron los burócratas sin consultarlo con nadie), me hice cargo sucesivamente de **tres grupos** de alumnos de segundo o tercer ciclo de primaria.

No me limité a cumplir con lo básico dando clases y apagando la luz tras de mí una vez cumplido el horario, sino que puse en marcha **diversos proyectos** que ideaba primero y luego me echaba a la espalda.